


Un poco menos que ángeles

BARBARA PYM

Traducción de Irene Oliva Luque

gatopardo ediciones 

Título original: *Less than Angels*
Copyright © Barbara Pym, 1955

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2018
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018
Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2018

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Toni Frissell, 1941
Imagen de interior: Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire
Imagen de la solapa: Mayotte Magnus
© The Barbara Pym Society

ISBN: 978-84-17109-53-0
Depósito legal: B12461-2018
Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire,
donde Barbara Pym vivió de 1972 a 1980.

CAPÍTULO 1

Mientras cavilaba sentada frente a su tetera, a Catherine Oliphant le vino a la cabeza una imagen confusa de turistas ingleses deambulando por una iglesia en Ravena, examinando con atención sus mosaicos. Pero en ese momento, reparó en que, por supuesto, no estaba en Italia, y que las figuras en movimiento no eran turistas, sino hombres y mujeres de las oficinas cercanas que se alejaban del mostrador con sus bandejas y se acomodaban en las mesas sin apenas echarles una ojeada a los mosaicos de las paredes. Éstos representaban pavos reales grandes y coloridos, con sus colas desplegadas, y cada uno ocupaba un pequeño nicho, casi como una capilla lateral de una catedral. Pero ¿por qué los portadores de bandejas no les hacían a aquellos animales algún tipo de reverencia al pasar a su lado ni depositaban a sus pies alguna ofrenda, como un panecillo, un huevo pochado o una ensalada?, se preguntó Catherine. Era evidente que el culto de adoración al pavo real, si es que alguna vez había existido, había caído en desuso.

Se sirvió otra taza de té, que se había vuelto oscuro y concentrado, tal como ella lo prefería. Observaba el sol colarse a raudales por las cenefas de color oro y amatis-ta de las vidrieras mientras, a su alrededor, todos engu-

llían y se marchaban a toda prisa para coger el tren de vuelta a casa. Ella, sentada ociosamente en su mesa junto a la ventana, no sentía ninguna culpa, ya que se ganaba la vida escribiendo relatos y artículos para revistas femeninas y tenía que buscar la inspiración en la vida cotidiana, pese a que la vida misma fuese a veces demasiado dura y cruda y hubiese que hacerla agradable al paladar mediante la fantasía, igual que la carne se ablanda mediante la picadora.

Catherine era pequeña y delgada, y encontraba en sí misma, gracias a una cierta dosis de autocomplacencia, un parecido a Jane Eyre o a una niña victoriana, con el pelo muy corto por la escarlatina. Lucía con naturalidad un aspecto algo andrajoso y desaliñado, y le sentaban muy bien las modas del momento, por las que las mujeres de treinta y tantos podían vestirse como chicas de veinte, con zapatos planos, chaquetas holgadas y el pelo aparentemente cortado con tijeras de uñas.

Al contemplar la calle desde la ventana, vio cómo las multitudes de la hora punta empezaban a encaminarse hacia las paradas de autobús. Pronto comenzaron a adquirir apariencia humana, a convertirse en individuos diferenciados a quienes ella podría incluso conocer. Aquello era muchísimo más probable, aunque menos romántico, en Londres que en París, donde se decía que si se esperaba el tiempo suficiente sentado en la terraza de un café, tarde o temprano pasarían por allí todas las personas que alguna vez se habían conocido o amado. Aunque, claro, pensó Catherine mientras miraba concentrada, era imposible que fuesen todas y cada una de ellas, ya que emocionalmente aquello resultaría demasiado agotador.

Aquella tarde de primavera sabía que sería imposible ver a Tom, su actual amor, puesto que estaba en África estudiando a su tribu. No obstante, fue curioso que, lle-

gado el momento, los rostros familiares entre la multitud fuesen los de dos catedráticos de antropología que había conocido en un encuentro académico al que Tom la había llevado. Daba la impresión de que caminaban en la dirección equivocada, a contracorriente de aquel gentío apresurado, y Catherine difícilmente los habría recordado de no ser porque se trataba de una pareja bastante peculiar, como de cómicos de un espectáculo de variedades. El profesor Fairfax era alto y delgado, con una cabeza de tamaño más bien reducido; era una extraña coincidencia que la tribu concreta sobre la que él había investigado practicase la reducción de cabezas, y sus alumnos no habían tardado en darse cuenta de ello. El doctor Vere, su acompañante, era pequeño y rechoncho, la antítesis perfecta.

¿Adónde se dirigirían a aquella hora y en la dirección equivocada?, se preguntó Catherine. ¿Sería tal vez significativo que dos antropólogos dedicados al estudio del comportamiento de las sociedades humanas se encontrasen avanzando a empellones y a contracorriente? No sabía muy bien cómo profundizar en su observación, ni tampoco lo intentó; se limitó a preguntarse de nuevo adónde se dirigirían. La curiosidad comporta tanto alegrías como penas, y la más amarga de las penas seguramente sea la incapacidad de ahondar hasta el fondo en todas las cuestiones. El profesor Fairfax y el doctor Vere continuaron abriéndose paso entre la multitud, luego desaparecieron por una bocacalle y se perdieron de vista. Catherine apuró su té y se levantó de mala gana para marcharse.

Ya en la calle, un taxi redujo la velocidad delante de donde ella estaba esperando para cruzar. No tenía forma de saber que el anciano de aire distinguido que viajaba en su interior, acariciándose la barbita plateada, era Felix Byron Mainwaring, uno de los profesores de antropología más veteranos, que ahora vivía jubilado en el campo.

El taxi giró por una bocacalle y el profesor Mainwaring se inclinó hacia delante, recreándose en el momento con antelación. Ordenó al conductor que parase antes de llegar al número al que realmente iba, con el fin de poder observar la casa desde el exterior. Trató de imaginar cuánto les sorprendería el edificio a sus colegas, que se aproximaban a pie o en sus destartalados automóviles, cargados con toda la parafernalia propia de su profesión académica: las gabardinas, los maletines, las carpetas de apuntes, de las que parecían tan reacios a separarse incluso durante los eventos sociales. ¿Levantarían la mirada ante la hermosa fachada georgiana —¿sabrían siquiera que era georgiana?— y envidiarían su habilidad por haber convencido a Minnie Foresight de que al menos una parte de la fortuna de su difunto marido no podía emplearse con fines más nobles que la creación de una biblioteca de antropología y un centro de investigación nuevos y la concesión de una serie de becas para jóvenes hombres y mujeres? Sin duda ellos no habrían logrado tanto. Recordó el vagón de primera clase y los lejanos chapiteles de las iglesias de Leamington Spa vistos bajo la luz verdosa de una tarde de primavera hacía un año, y a la señora Foresight —costaba pensar en ella como Minnie, que era a todas luces un nombre impropio— recostada sobre el antimacasar de encaje blanco, con sus grandes ojos azules llenos de admiración y perplejidad mientras él hablaba, explicaba, persuadía... Aquel recuerdo, que casi obligó a Felix a reírse para sus adentros, hizo que le diese al taxista una propina innecesariamente generosa al bajarse del taxi.

Fairfax y Vere, que avanzaban fatigosamente por la acera opuesta de la calle, conversaban con un tono elevado mientras se acercaban a la casa. Ambos tenían una voz penetrante: William Vere porque, por su condición de refugiado, no había tenido más remedio que construirse una

vida nueva en un país extraño y hacerse notar en una lengua extranjera; y Gervase Fairfax porque, al ser el hermano menor de una familia numerosa, siempre había tenido que hacerse valer. Ahora departían sobre sus alumnos, y en absoluto hablaban mal de ellos, pues existía entre ambos una amistosa rivalidad a la hora de conseguirles a dichos jóvenes becas de investigación que les permitiesen viajar para hacer trabajo de campo: en África, en Malasia, en Borneo o en cualquier isla remota donde aún quedase alguna tribu por estudiar.

—El número veintitrés. Tiene que ser aquí —anunció Fairfax bruscamente.

—Sí, creo que sí.

No hicieron comentario alguno sobre la elegancia de la casa porque ni siquiera le echaron un vistazo, salvo para comprobar el número de la puerta. Aquel lugar les producía curiosidad (en la intimidad lo llamaban el Capricho de Felix), pero ambos habían tenido un día difícil y necesitaban una copa.

—Espero que dentro esté todo listo —dijo Fairfax, comprobando la hora en su reloj—. No queda bien llegar demasiado pronto, ya sabes. Espero que Esther Clovis y sus ayudantes hayan acabado de preparar los sándwiches, aunque quizá Felix haya tenido la sensatez de encargarse de ese asunto a una empresa de restauración.

—Supongo que él apenas se ocupará de las cuestiones domésticas —añadió Vere—. En cualquier caso, confiemos en que la suerte nos acompañe. —Le había dicho a su esposa que esa noche no le preparase gran cosa para cenar.

En el interior del edificio había comida y bebida en abundancia; aun así, se había desencadenado una crisis. La biblioteca llevaba ya varios días abierta al público y en aquel momento daba la casualidad de que estaba repleta de jóvenes antropólogos, algunos de ellos meros

estudiantes, que no habían sido invitados a la fiesta que debía celebrarse en la propia biblioteca.

La señorita Clovis y su amiga la señorita Lydgate, experta en lenguas africanas, habían entrado y salido de la sala varias veces con platos de comida en las manos, pensando que seguramente, al verlos, una imagen inusitada en toda biblioteca que se precie, los usuarios se darían cuenta de que algo pasaba y procederían a marcharse. Sin embargo, continuaron leyendo libros y tomando notas como si nada.

—Tendré que tomar medidas —anunció con firmeza la señorita Clovis—. Ven, Gertrude —dijo dirigiéndose a su amiga—, nos enfrentaremos a ellos una vez más.

Seis rostros alzaron la vista desde la mesa alargada cuando las dos mujeres entraron en la sala. La señorita Lydgate era extraordinariamente alta y de pelo blanco, sus prendas parecían ondear en torno a ella como colgaduras, mientras que la señorita Clovis era de constitución baja y robusta, con el pelo corto y desigual, y ropa informal de tweed.

—Buenas tardes —gritó con voz resonante—. Me alegra comprobar que no han tardado en sacarle partido a esta magnífica nueva biblioteca. Como ven, tiene un algo especial. —Hizo una pausa, a la espera de algún tipo de respuesta.

La dio Brandon J. Pirbright, un joven atildado y bajito, vestido elegantemente de gris lavanda con una inmaculada camisa blanca de nailon y pajarita.

—Eso imaginamos, señorita Clovis. En ningún otro lugar nos han ofrecido un refrigerio, ¿no es cierto, Melanie?

—En efecto —respondió su esposa, una mujer morena de aspecto feroz, unos centímetros más alta que su marido y vestida con menos elegancia—. Creo que es una idea estupenda.

—¿Se celebra algo? —preguntó otro lector, Jean-Pierre Le Rossignol, un apuesto joven francés ataviado con un traje de pana aterciopelada color ocre.

—Bueno, supongo que podría decirse que sí —admitió la señorita Clovis, recordando que, además del dinero de Foresight, también habían recibido una generosa subvención de Estados Unidos y el legado de un distinguido antropólogo francés. Al fin y al cabo, tal vez sería un gesto de cortesía incluir a aquellos jóvenes en la fiesta—. Vendrán algunas personas a tomar jerez —les comunicó—. Me encantaría que ustedes también participasen.

La señorita Clovis lanzó una mirada más bien recelosa a los otros tres lectores que habían levantado la cabeza con expectación al oír aquellas palabras. Eran una chica de diecinueve años, Deirdre Swan, y dos muchachos, Mark Penfold y Digby Fox. Estos dos últimos eran amigos íntimos y a primera vista se daban un aire, con sus chaquetas de tweed gastadas y sus pantalones grises de franela; si bien mientras que el pelo de Mark era moreno y con tendencia a rizarse, el de Digby era más claro y más lacio, y también se decía de él que era de temperamento más agradable. Para la señorita Clovis no eran más que dos de los numerosos estudiantes de aspecto anodino con los que entraba en contacto debido a su trabajo: serios, trabajadores, respetables y algo sosos. Pues sí, que vengan también, pensó en un arranque de generosidad, en representación de los cientos y cientos que utilizarán esta biblioteca. Sin duda no podían permitirse vestir con la misma elegancia que un estadounidense o un francés, pero aquello no los hacía peores, en absoluto, y ella nunca había sido dada a juzgar demasiado por las apariencias. Y cómo podría haberlo sido, cuando saltaba a la vista que ella misma prestaba muy poca atención a la suya.